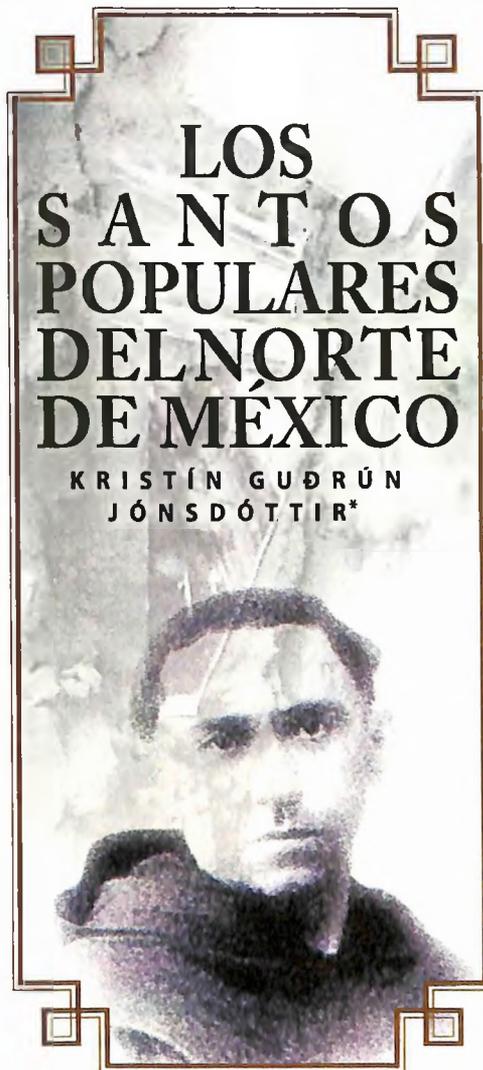


En el norte de México y en la región fronteriza existen cinco santos populares que tienen culto de considerable importancia en la actualidad. Hay noticias de otros que han surgido en la región, pero éstos han caído en el olvido.

Los cinco emergieron en una época más o menos semejante, a finales del siglo XIX o principios del XX. Igualmente todos fueron más tarde canonizados por *vox populi* y elevados al *status* de santo milagroso. Podemos decir que los santos en cuestión pertenecen a dos tipologías distintas: los que practicaron el curanderismo y realizaron milagros durante su vida, como Teresa Urrea (1873-1905) —más conocida como Teresita, la santa de Cabora—, Pedro Jaramillo (1829-1907) y el Niño Fidencio (1898-1938); y los que surgieron de circunstancias un tanto oscuras, como Jesús Malverde (1870-1909) y Juan Soldado (18??-1938). Los dos últimos caen más bien dentro de la categoría de bandolero-asesino o víctima según se interprete la leyenda en torno a cada uno. Las leyendas de ambos cuentan que fueron víctimas o mártires y que sufrieron una muerte injusta a manos de las autoridades. En ese respecto, reflejan la muerte del santo mártir primitivo, siendo la muerte violenta o el "martirio" la razón principal de su elevación a la categoría de santo, a pesar de no haber llevado una vida ejemplar cristiana. Contrariamente a los tres curanderos, que poseían poderes milagrosos en su vida, estos dos no realizaron milagros sino hasta

*Académica de la Universidad de Islandia.

después de su muerte. Al parecer es la muerte violenta lo que les otorga ese poder milagroso al cual uno puede invocar; se trata de una especie de "intercesores de las víctimas", como el folklorista arizonense James Griffith llama a casos de esa naturaleza.



En la actualidad, cada uno de los cinco santos populares tiene un gran número de devotos, si exceptuamos a Teresita Urrea, que al parecer está en el proceso de ser "re-descubierta". Las tumbas de todos (o supuestos lugares de muerte, menos el de Teresita) han sido transformadas en capillas donde reposan sus imágenes, velas, flores y otros artículos asociados al culto. Son lugares sagrados que se han convertido en centros de peregrinaje a donde llegan miles de creyentes que dejan las capillas llenas de ofrendas y ex votos de la más distinta índole.

La capilla de Juan Soldado, el santo originario de Tijuana, y de la frontera misma, está ubicada en la ciudad en el Panteón Número Uno, sólo a unos 500 metros de la línea que divide México y los Estados Unidos. Hay distintas versiones de su leyenda, pero la más común dice que era un soldado tijuanaense de veinticuatro años que fue acusado injustamente de haber violado y matado a Olga Camacho, una niña de ocho años, en 1938. El responsable fue su capitán, quien le echó la culpa al soldado y lo fusiló aplicándole *la ley fuga* sin dejar al soldado defenderse, según narra Griffith. Poco después de su muerte, Juan Soldado empezó a realizar

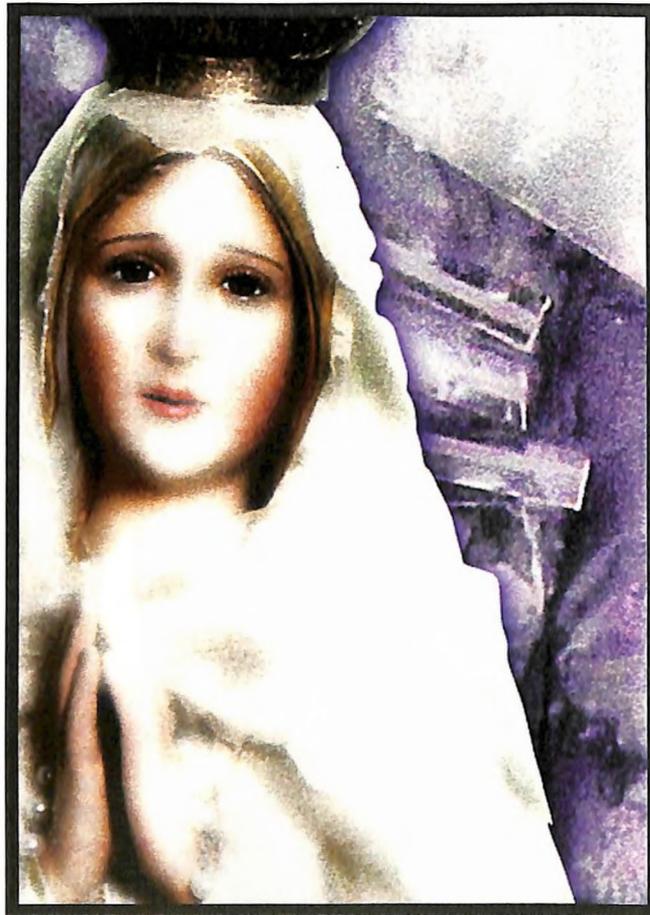
milagros conforme a la creencia popular, lo cual sigue haciendo hasta la fecha. Hay otra versión de la leyenda estudiada por Valenzuela Arce, que podríamos llamar la "oficial", basada en un reporte de un delegado del gobierno de Tijuana en 1938. Esa narración demuestra que Juan Soldado, de nombre verdadero Juan Castillo Morales, fue el autor del crimen, y fue entregado por la demanda eufórica de la multitud que más tarde presenció su fusilamiento. Si esa versión es la que más se acerca a los hechos históricos es notable que esa misma "multitud" revierta la historia y transforme a Juan Soldado en persona santa. Los devotos lo creen inocente "por los milagros que nos hace" como dice un creyente. La muerte violenta e injusta lo convirtió en víctima y héroe. La noción de "víctima" de las autoridades y de un sistema injusto motiva sin duda que los devotos se identifiquen con él. Muchos de ellos son migrantes, "víctimas" también de un sistema desigual que les fuerza a dejar su país y cruzar la frontera en busca de trabajo para mantener a sus familias.

Esta asociación nos remite al "nuevo" santo de los migrantes mexicanos, de índole totalmente distinta: el recién canonizado Toribio Romo, uno de los mártires de la guerra cristera que, según parece, está convirtiéndose en el santo *oficial* del migrante. Como bien se sabe, muchos de los migrantes provienen de Jalisco, donde ofició y perdió la vida Toribio Romo. Según una historia milagrosa relativamente nueva, San Toribio (que

se presentó como un joven desconocido) ayudó a un migrante a cruzar la frontera sin documentos. Al despedirse de él le dijo el desconocido que cuando tuviera trabajo y dinero buscara a Toribio Romo en Jalostotitlán, Jalisco. Dos años más tarde, el migrante se entera de que se trata de un sacerdote fallecido en el pueblo vecino, Santa Ana de Guadalupe. Esta historia, junto con otros testimonios, ha convertido al sacerdote en un santo milagroso. En el *Devocionario del migrante*,

una publicación oficial de la iglesia católica de Jalisco, se encuentran consejos para el migrante en diversas situaciones, entre ellas al intentar cruzar la frontera sin documentos.

Pero la devoción a Juan Soldado no se confina al tránsito forzado; su culto se ha extendido a otras provincias de México. Hay, por ejemplo, dos capillas dedicadas a él en las periferias de Magdalena, Sonora, lugar más conocido por los peregrinos que llegan a rendirle culto a San Francisco y para ver y tocar su



efigie milagrosa en dicha ciudad.

La leyenda sinaloense de Jesús Malverde cuenta que fue un bandido de la región, héroe de los pobres que a finales del siglo XIX, en tiempos de miseria y opresión, robaba a los ricos para repartir el saqueo entre los necesitados. Fue ahorcado en 1909 por el gobernador, quien prohibió su sepultura. Pero sus "amigos" empezaron a colocar piedras, cubriendo así paulatinamente su cuerpo, que fue formando una pequeña cueva, la cual se

fue convirtiéndose en una capilla. Poco después, la gente empezó a pedirle que siguiera su "ayuda" y pronto empezó a correr la voz del poder milagroso de Malverde. En la actualidad, la capilla principal de Jesús Malverde está en Culiacán, Sinaloa, cerca del lugar de su supuesta tumba. En los últimos años la devoción se ha extendido a varios lugares, por ejemplo a la ciudad de Tijuana, donde hay otro santuario dedicado a él. También ha cruzado fronteras: tiene devotos en las tierras fronterizas en

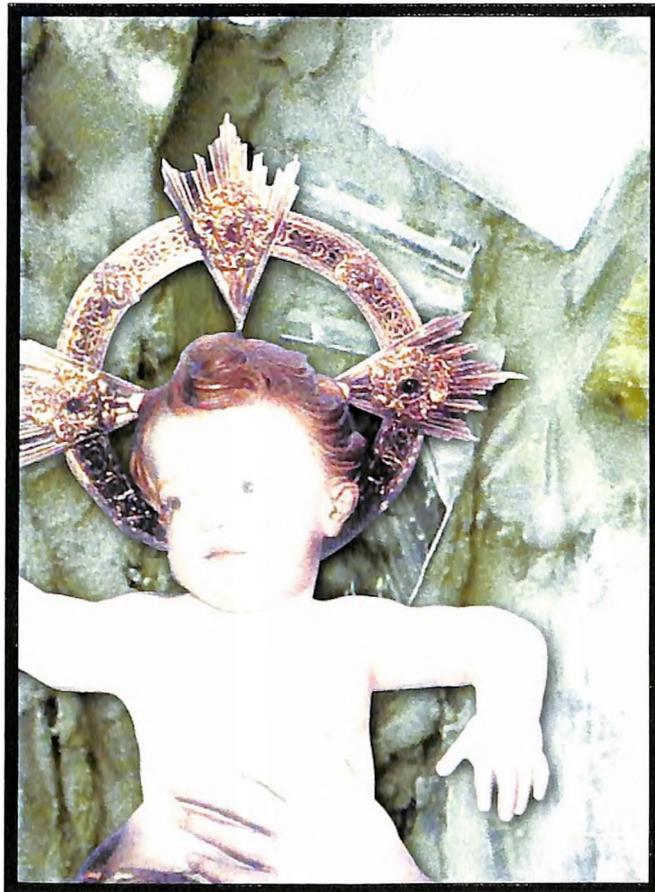
ambos lados de la frontera México-Estados Unidos y los estados del suroeste de los Estados Unidos. Inclusive, su devoción ha llegado hasta Colombia. Durante las últimas décadas su culto ha sido asociado con los narcotraficantes, que lo han adoptado como su santo; de allí tiene la denominación "narcosantón".

Los curanderos Teresa Urrea, Pedro Jaramillo y El Niño Fidencio eran considerados ya milagrosos durante su vida por el poder sanador que practicaron. La vida y obra de los tres curanderos tiene varios rasgos comunes. Todos dedicaron su poder curativo a los pobres, los necesitados y los desesperados. Además, residieron en lugares remotos, lejos de la urbe y usualmente rodeados de muchos enfermos y pobres que buscaban su curación, su última esperanza. Eran una especie de médicos que obraban fuera de la ley. Los remedios consistían a menudo en métodos sencillos: Pedro Jaramillo curó sobre todo con agua, El Niño con hacer a los

enfermos arrastrarse en lodo y Teresita con polvo de barro y saliva.

En el sur de Texas, cerca de Falfurrias, se encuentra la tumba y el santuario de Pedro Jaramillo, actual lugar de peregrinaje. Hay poca información sobre su vida antes de que se convirtiera en curandero, pero Jaramillo nació en Guadalajara, Jalisco, donde pasó su infancia. Su historia narra que sufrió un accidente en la nariz mientras estaba trabajando en un rancho. El dolor

era tan intenso que metió la nariz en un charco y luego la hundió en lodo de la orilla. Poco después se sintió mejorado y oyó la voz de Dios anunciándole su decisión de darle poderes curativos. Alrededor de 1881 llegó al sur de Texas donde se asentó en el rancho Los Olmos, en el actual Brooks County. Allí vivió y trabajó como curandero hasta su muerte. Su clientela era sobre todo gente humilde y pobre a la que nunca cobraba, sólo aceptaba donaciones, característica reflejada en el epitafio de



su tumba donde se le llama el "Benefactor de la Humanidad". Convertido en santo popular después de su muerte, su don curativo sigue sanando en la actualidad, como testimonian la cantidad de cartas y fotos encontradas en su capilla. Hoy día tiene numerosos seguidores en el noreste de México y el sur de Texas, y en efecto, vienen de todas partes de los Estados Unidos. A pesar de las advertencias del arzobispo Adolfo Rivera, de Monterrey, Nuevo León, y de que la

iglesia católica en Brooks County, Texas, publicó un folleto donde dice: "Debemos recordar que Don Pedro no es reconocido como santo por la Iglesia. Por lo tanto, no puede ser venerado como San Martín y San Judas", numerosos devotos llegan a su tumba cada año para rendirle culto y darle gracias por favores y curaciones concedidos.

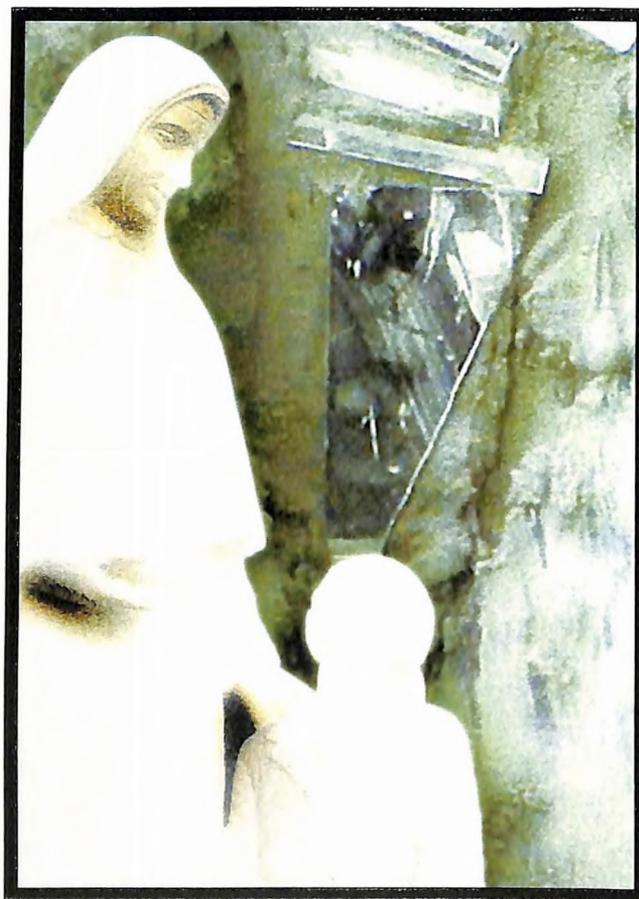
El Niño Fidencio, o José Fidencio de Jesús Constantino Síntora, gozó de poder curativo similar a Pedro Jaramillo. Nació en Guanajuato, pero pasó la mayoría de su vida en el pueblito de Espinazo, Nuevo León, a donde llegaban masas de hombres y mujeres para buscar la curación del Niño. En la actualidad El Niño tiene un gran número de devotos que peregrinan a Espinazo donde están ubicados su tumba y el pirulito o árbol sagrado donde recibió una revelación directa de Cristo. Según Antonio Zavaleta, la aldea insignificante de Espinazo, que en su tiempo no tenía servicio postal, tuvo que establecer una oficina de correos para recibir las 25.000 a 35.000 cartas que le

llegaban al Niño con solicitudes de cura. Hoy en día sus devotos vienen de varios lugares de México y de los Estados Unidos, sobre todo de las partes sureñas de Texas. Daniel D. Arreola habla del gran número de peregrinos que vienen cada año al pueblito de Espinazo y menciona que en 1988, en el 50 aniversario de la muerte de El Niño, llegaron unos 40.000 peregrinos al pueblo, que usualmente cuenta con sólo unos centenares de habitantes. El pueblo se llena de sus seguidores dos veces al año, que vienen en conmemoración del nacimiento

y la muerte de El Niño, lo cual ha convertido a Espinazo en uno de los destinos de peregrinación más importantes de México.

De los tres curanderos, el caso de El Niño ha tomado un camino distinto; se ha desarrollado una especie de iglesia alrededor de su culto, un nuevo sincretismo, como dice Carlos Monsiváis. Los devotos se autodenominan *fidencistas* y los que reciben el espíritu de El Niño son "cajitas" (receptores de la espiritualidad y los poderes

curativos) o "materias" con poder sanador. En la actualidad, hay numerosas misiones (templos-centros de sanación) donde las "materias" realizan curaciones en varias ciudades norteamericanas y fronteras en México, además de Texas, y con la inmigración el culto se ha extendido hasta otros estados de los Estados Unidos como Oregon, Michigan y Ohio, por mencionar algunos. Otro elemento que merece señalarse y que puede haber tenido influencia en la difusión de la fama del santo son



las fotografías y su circulación. Muchas de éstas lo figuran sanando a los enfermos o con devotos recién curados. Una misión de especial interés que merece ser nombrada es la de la "materia" Alberto Salinas en Edinburg, Texas. En ella ha reconstruido el espacio sagrado de Espinazo; la misión tiene unos diez altares, un pirulito, una piscina (en lugar del charquito que usaba El Niño en sus curaciones) y hasta un columpio semejante al utilizado por el santo. Pone de manifiesto lo popular que es El Niño y cómo la frontera entre México y los Estados

Unidos no impide la difusión de las creencias religiosas populares.

La representación del culto a Teresita, la santa de Cabora, no parece seguir el patrón de los otros santos. Comparado con los numerosos devotos que ellos tienen en la actualidad, su culto parece haber desaparecido. La "reina de los yaquis", heroína de los mayos quienes lucharon bajo el grito "¡Viva la santa de Cabora!" y los tomochitecos que la veneraron a principios del siglo XX, no parece muy visible hoy en día a pesar de las multitudes que acudían a ella en su tiempo. Tampoco hemos encontrado artículos religiosos dedicados a ella como a los otros santos populares.

Teresa Urrea fue hija ilegítima del hacendado Tomás Urrea y Cayetana Chávez, una indígena yaqui. Nació en Sinaloa, donde vivió con su madre hasta los siete años, cuando, por su actitud antiporfirista, Tomás Urrea y su familia se trasladaron al rancho de San Antonio de Cabora, Sonora. Allí Teresa vivió

en la rancharía de Aquihuiquichi junto con su madre, que la abandonó más tarde. Como narra Brianda Domecq en su bien documentada novela, *La insólita historia de la santa de Cabora*, publicada en 1998, a los dieciséis años Teresa llegó a formar parte de la familia como hija privilegiada y su padre le prestó su apellido. Después de sufrir un ataque cataléptico que la dejó inconsciente durante trece días empezó a realizar milagros sin saberlo, y paulatinamente, fue descubriendo un poder curativo paralelo a su curación. La mayoría

de sus fieles eran indígenas de la región: yaquis, mayos, tarahumaras y tehuecos, representantes de la voz subyugada que en aquel entonces luchó por mantener sus tierras durante la época del porfiriato, época caracterizada por el progreso y la ocupación o el repartimiento de tierras indígenas.

Cuenta Domecq cómo pronto se difundieron los rumores del poder curativo y los milagros de Teresa y llegaron grupos grandes para buscar la cura "de la Niña Santa, de la Santa Niña, de la de Cabora, la Teresita".

Ella nunca aceptó la denominación santa y vaciló ante la situación sorprendente en que se encontraba; ambas cosas, sin embargo, las fue aceptando con el tiempo. Es la voz del pueblo que le da a Teresita su posición de santa. Mientras los sacerdotes la condenaban desde el púlpito, su fama iba creciendo no sólo en Sonora, sino en el país entero. Lo que empezó como curación de enfermedades, terminó en petición de justicia social. La voz del pueblo encontró en Teresita un punto de unificación en su



lucha por mantener sus tierras. En la última década de siglo XIX varios grupos indígenas en el norte lucharon bajo su símbolo religioso. Finalmente, Teresita llegó a ser una de las amenazas principales de la paz porfiriana. En 1892 fue desterrada a los Estados Unidos, donde murió en Clifton, Arizona, a los 33 años. Su colaboración directa en varias insurrecciones en el norte de México y más tarde en Arizona, es un asunto discutible. Pero queda claro que su imagen o su posición de santa jugó un papel importante en las insurrecciones

mencionadas tanto en México como en las sublevaciones prerrevolucionarias emprendidas desde el lado estadounidense.

Del naciente culto a la Santa de Cabora quedaron únicamente las leyendas y las anécdotas, afirman Víctor Orozco y Moira Murphy. Comparado con los numerosos devotos de los otros santos populares mencionados arriba, el culto a Teresita sí parece haber desaparecido y su memoria quedado en el terrible olvido y anonimato de los que habla Domecq. No tiene un santuario como los otros santos populares donde se congregan multitudes para rendirles culto. En nuestros recorridos por mercados populares y yerberías en el norte de México, en las ciudades fronterizas y en Phoenix, Mesa y Chandler, Arizona, tampoco hemos encontrado nada con referencia a Teresita y su culto actual; por ejemplo, artículos religiosos consagrados. En su tiempo se divulgaron fotos, estampas y botones con su imagen y había escapularios con que se protegían los devotos. Pero el anonimato no ha consumido a Teresa Urrea plenamente. Muy probablemente su memoria sigue viviendo, aunque de una manera silenciosa, entre los indígenas que la veneraron en su tiempo. En el lado estadounidense de la frontera, el movimiento *New Age* la ha descubierto y algunos han incorporado a Teresita en su culto. Hay sanadores, *healers* norteamericanos que trabajan con ella. Podemos decir que Teresita ha resucitado con un significado múltiple en el lado estadounidense donde ha sido remodelada y reinterpretada. Algunas chicanas feministas encuentran en ella un ejemplo de resistencia ante el poderoso abusador “del norte”.

Como vemos, cada uno de los cinco santos que pertenece a lo que podríamos llamar el santoral profano mexicano tiene su historia particular; se han desarrollado mitos y leyendas locales en torno a ellos, pero hay varios rasgos que los unen. En primer lugar, queremos mencionar que han emergido, cada cual a su manera, como respuesta ante el orden desigual vigente. Además, surgieron en un espacio geográfico conocido por el pueblo, en tiempos relativamente cercanos y en circunstancias conocidas por el devoto, algo muy contrario al espacio y el tiempo

lejano en que surgieron la mayoría de los santos oficiales venerados en el territorio, lo cual para el creyente puede dar la sensación de ser uno de “nosotros”. Además, por ser personajes de historia relativamente reciente, el aspecto que tienen es el de seres que se parecen a “nosotros”. La imagen que representa la oración de Juan Soldado, por ejemplo, es un joven soldado mexicano con uniforme de principios del siglo XX, y Jesús Malverde es figurado como un hombre moderno, con bigote, pelo negro y vestido al estilo vaquero como los hombres de la región.

La manifestación religiosa de los cinco santos profanos tiene características similares en general. Es un culto que vive exclusivamente fuera de la Iglesia; no obstante, podemos decir que el modelo proviene de allí, aunque pueda tener elementos de cultos prehispánicos, ya que en general se le rinde culto al santo popular de una manera semejante a la oficial. Un elemento que lo hace diferir de la devoción al santo oficial es que es generalmente un culto privado y sin dirección sacerdotal (salvo el caso del Niño que ha tomado direcciones particulares con las “materias”). Es un culto más individual que social y no de demostración colectiva como se observa, por ejemplo, en las grandes fiestas y celebraciones de los santos patronos o las distintas vírgenes mexicanas. Hay, sin embargo, ciertas fechas que son más importantes que otras, cuando se presentan más devotos, como el nacimiento y la muerte del santo popular. Aún así, el peregrinaje a la tumba-santuario es generalmente una acción individual.

Otra característica es que no hay contradicción en creer en un santo popular y ser católico a la vez. Frecuentemente, hay imágenes de santos oficiales junto a los populares en los santuarios y las capillas consagradas a ellos. Las imágenes de la Virgen de Guadalupe, San Judas Tadeo, San Martín de Porres, San Francisco y el Santo Niño de Atocha —santos destacados en la región— son comunes en las capillas profanas. Esa fusión de lo oficial y lo heterodoxo indica que para el creyente no hay diferencia entre los santos oficiales y los que él mismo ha canonizado.